

Análisis de unos resultados electorales

I.—¿LA DEMOCRACIA CRISTIANA DERROTADA?

UNAS elecciones generales, las primeras tras cuarenta años, exigen una enorme dosis de entusiasmo y fe por parte del pueblo, así como una cierta neutralidad y "juego limpio" por parte del Gobierno que las convoca. No diré que haya faltado el entusiasmo participativo ni que el Gobierno haya recurrido a las diversas formas posibles del clásico "pucherazo", pero sí diré que ni los españoles han sabido muy exactamente lo que se planteaba en estas elecciones ni creo que el Gobierno haya sido enteramente neutral. Querer ver sólo lo positivo y cantar las maravillas que estas elecciones han descubierto no creo fuera el mejor camino para poder sacar las debidas consecuencias y lecciones de algo que, si esta vez fue necesario y parece haber salido bien, gracias a Dios, no creo pueda repetirse en el futuro.

QUIENES dicen, o creen, que las elecciones han sido ganadas por una coalición o un partido, en cierto modo se equivocan, ya que el verdadero triunfador ha sido el Gobierno, o para ser más exactos, el presidente Suárez, y si esto es visible a escala nacional sin gran esfuerzo de mente, lo es mucho más si se contempla el triunfo de candidaturas provinciales de la Unión de Centro Democrático, cuyas posibilidades reales en algunos casos y en una normal contienda electoral hubieran sido absolutamente nulas. Yo diría que, en cierto modo, más que a unas elecciones hemos asistido a una muy peculiar forma de plebiscito en el que el pueblo español se ha decidido por dos aparentes grandes opciones que han polarizado el espectro político entre lo que aparecía como la "moderada derecha" y lo que aparecía como la "moderada izquierda", pero también entre lo que aparecía como unas grandes formaciones políticas a escala nacional de todo el Estado español y con potencial de Gobierno. Los que han votado al Centro lo han hecho a la seguridad, al Gobierno, a lo conocido, y los que lo han hecho al PSOE, creo lo han hecho en muy sustancial proporción, a una

izquierda instintiva que suena a tradicional o histórica, y que al mismo tiempo no asusta de momento.

EL Gobierno ha sido en cierto modo "juez y parte", o como suele decirse, ha querido "repicar e ir en la procesión", y lo ha conseguido sin duda alguna. Si hubiéramos considerado esta realidad, quizá muchos ni siquiera hubiéramos intentado la experiencia electoral aun estando conscientes del enorme potencial real de nuestras ideologías, porque es esfuerzo prácticamente inútil el luchar contra los resortes que tiene un Estado moderno para, aun manteniendo una formal neutralidad, mentalizar a un electorado y, en cierto modo, "guiar su voto" hacia unos resultados preconcebidos. En nuestro tiempo no es necesario forzar la voluntad popular ni falsificar actas, cambiar papeletas o utilizar el "voto de los muertos", como en otros tiempos eran utilizadas esas malas artes "electorales" por aquel ministro de la Gobernación que se llamó Francisco Romero Robledo, maestro y ejemplo para muchos de sus sucesores a través de los años, ya que hoy se cuenta con recursos más eficaces y sutiles que pueden servir como moderna flauta mágica que lleve al electorado a pronunciarse, como se prevé, con un muy corto margen a los imponderables.

PARA ser sincero y consecuente conmigo mismo y con mi modesto pero limpio historial político, no puedo decir que estas elecciones, las primeras en casi medio siglo, hayan sido lo que yo hubiera esperado y deseado para España, pero también como español responsable debo decir que las dichas elecciones no han falseado básicamente la voluntad popular y que probablemente la coyuntura histórica que vivimos no hubiera permitido otro enfoque a la consulta electoral que el que se le ha dado. Las enormes dificultades de una transición, de un régimen autoritario a otro democrático; las resistencias a las reformas o al mismo cambio, tanto como la presión de

los impacientes o maximalistas, y quizá también la realidad de un pueblo no bien informado aún, confundido y receloso ante tantos partidos, no ducho en lides electorales, hayan forzado un planteamiento prudente como el seguido por el Gobierno Suárez. La necesidad de dar una constitución al país, superar una gravísima crisis económica y atemperar el profundo y extenso cambio que deberá producirse en los próximos meses justifica a mi modo de ver posibles fallos que pudieran aducirse desde una perspectiva demócrata muy ortodoxa.

EN cualquier caso estimo sería erróneo, y aún peligroso, que por recrearnos en unos resultados aparentemente satisfactorios, o por querer presentar sólo la cara positiva de esos resultados, no se quisiesen ver los posible aspectos menos positivos, o las lecciones que aquéllos ofrecen, a las diversas familias ideológicas, por ejemplo, para que éstas traten de sacar sus consecuencias lo antes posible. Desde mi perspectiva voy a considerar, muy someramente, el planteamiento general de las elecciones y sus resultados como posible determinante del futuro de la Democracia Cristiana.

LA necesidad imperiosa de evitar la bipolarización de las llamadas dos Españas aconsejaba, desde luego, se alumbrase un "frente electoral del centro" o, lo que viene a ser lo mismo, se aglutinasen o coordinasen los esfuerzos o posibilidades de los sectores políticos moderados. Alguno demócrata-cristiano, contra viento y marea y sin encontrar gran comprensión entre nuestros correligionarios, propugnamos durante todo el año 1976 ese "gran centro", que concebíamos polarizado en torno a la Democracia Cristiana. Nuestra idea básica prevaleció al fin, pero no así su configuración. Fueron múltiples y poderosos los esfuerzos que se hicieron para escamotear del planteamiento a la realidad política que es la Democracia Cristiana, sin que, desgraciadamente, los demócrata-cristianos supieran superar sus divisiones y presentar ya entonces un gran partido, por prevalecer los personalismos y soberbias, los radicalismos de tendencia, el localismo con "espíritu de campanario", etc. Lo que debió ser un "centro" real, hecho desde "abajo", coincidencia de ideologías próximas y de planteamientos y objetivos comunes y moderados, tuvo que ser sustituido de hecho por otro "centro" un tanto forzado y artificial, hecho "desde arriba".

SI se consideran los 12 o 13 partidos que formalmente constituyen el Centro Democrático, podrá constatar que, en su mayor parte, no pasan de ser unos nombres más o menos conocidos y unos cuadros directivos, y cuyas candidaturas es presumible que, fuera de la coalición presidencial, no hubieran alcanzado, ni mucho menos, tan espectaculares resultados. Uno de los problemas mayores, a la hora de hacer el Centro, fue seguramente el de que había demasiados voluntarios y no llegaba el espacio disponible para dar cabida a todos, con lo que los gestores arbitrales tuvieron que dejar descontentos a muchos, incluso dimisionarios y con la documentación electoral preparada. Excuso decir que a la operación política se sumaron no sólo los convencidos de su necesidad o de su conveniencia, sino también otros muchos ansiosos principalmente de ir a la liza electoral bajo el seguro patrocinio del poder.

POR otra parte nos encontramos con los sectores políticos que honradamente estimaron debían ir a las elecciones solos y con sus respectivas identidades y significaciones respectivas bien visibles. Aquí me quiero referir a los partidos esencialmente centristas y sean sus planteamientos un poco más a la izquierda o a la derecha, excluyendo al Partido Comunista y al PSOE, que necesariamente tenían que ir solos, para no formar un Frente Popular, de infausta memoria para los españoles. Entre los partidos que fueron solos a las elecciones, y con significación ideológica, están la Federación de la Democracia Cristiana y, modestamente, también la Unión Demócrata Cristiana, que no parece tuvieron presente que no sólo competían con los partidos marxistas y con la Alianza Popular, sino con una coalición de partidos que, aunque pequeños éstos, contaban con la mayor benevolencia por parte del Gobierno.

Gaspar BARROS DE LIS

Próximo artículo:

«El futuro de la democracia cristiana».